

DOMINGO V DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías, 6, 1-2a.3-8): *Aquí estoy, mándame.*

Salmo (137, 1b-5.7c-8): *«Delante de los ángeles tañeré para tu, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios, 15, 1-11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Lucas 5, 1-11): *Desde ahora serás pescador de hombres.*

Nos acompañan hoy, tres personajes azorados ante el misterio del Dios que sale a su encuentro. Sus experiencias son semejantes en muchas cosas y diferentes en otras. Ninguno estaba preparado para un encuentro así. Aunque fueran hombres religiosos, la presencia de Dios los sorprende; casi podríamos decir que los asusta y les hacen sentir lo indignos que son para experimentar lo que Dios les está permitiendo vivir.

Isaías es testigo involuntario de la gloria de Dios mientras participa en una liturgia del templo que parece transportarle más allá de este mundo. *«¡Ay de mí! Estoy perdido»*. Isaías se da perfecta cuenta de que es totalmente indigno de esa gracia. La grandeza y la plenitud de Dios lo llenan todo: la orla de su manto llena el templo; su gloria llena la tierra; las puertas del templo tiemblan y el recinto se llena de humo. *“¿Qué estoy haciendo aquí? Estoy de más”* Este no es mi lugar. Mi única vía de salida ante la santidad de Dios es la muerte. Y el de los labios impuros, purificado por el mismo Señor, responde: *«Aquí estoy, Señor, envíame»*.

Pedro se encuentra con Dios en la persona de Jesús, y lo hace en día ordinario de su trabajo de pescador. Siente haber hecho un favor a Jesús al permitirle subir a su barca para dirigirse a la multitud, cuando ya él y sus compañeros lavaban las redes después de una infructuosa jornada de trabajo. Pero al concluir su enseñanza, Jesús pide algo insólito: *«Remad mar adentro... y echad las redes...»*. Aquí no se llena el templo ni la gloria de Dios; lo que se llenan son las redes y las barcas con una inexplicable cantidad de peces. Pedro queda boquiabierto *«¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!»*. *«No temas, desde ahora serás pescador de hombres»*. Y Pedro, siguió junto con sus compañeros a Jesús.

Pablo alude en su relato a la visión del Resucitado, mientras él se dirigía a encarcelar a sus seguidores. Ese Jesús resucitado no se le apareció en el templo, como a Isaías, ni en el lugar de trabajo, como a Simón Pedro, Dios, en Cristo, le salió al encuentro en el camino. No vio la orla de su manto ni humo que llenara el templo. Tampoco vio peces que reventaran las redes y llenaran las barcas hasta casi hacerlas hundir. Vi una luz deslumbrante. Vi y dejé de ver. Pero esa luz, y luego esa voz, me hicieron sentir una presencia que lo llena todo. Todo lo anterior apareció como un esfuerzo inútil y todo lo estimé pérdida, comparado con la presencia de Jesús, mi Señor. No solo se abrieron mis ojos, sino que mi vida entera se abrió a un nuevo y definitivo comienzo. Y el perseguidor de la Iglesia, por la gracia de Dios, se transforma en su apóstol.

Cuantas veces oímos estas o parecidas palabras de Jesús: *«No temas... Basta que tengas fe... echa a andar... toma tu camilla... creed en Dios y también en mí»*. Dios no se manifiesta para amenazar ni para humillar, sino para sanar, para llamar, para enviar. Confianza, unir nuestra vida a la suya, compartir el mismo destino. ¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía? Jesús toma la iniciativa, y se abaja, se despoja de su rango. Las gentes se acercan a Jesús para escuchar su Palabra. Él mismo, cuando andamos llenos de ruido, sin poder escuchar, nos dice: *«¡Éfeta, ábrete!»*. Porque sabe que su Palabra es vida y luz, de la que ayuda a caminar erguido, a mirar de frente, a hacer de la vida el espacio donde crecer, superarse y cambiar. Hacemos nuestra aquella certeza de los discípulos: *«¿y a quién iremos, si solo Tú tienes palabras de vida eterna?»*.

Oír la Palabra. Pero más importante es practicarla. Que la hagamos servicio, atención, disponibilidad. Pues claro, la fe cristiana no son unas fórmulas, por necesarias que estas sean. No, es un obrar, con la mirada de Jesús y hacia los demás: con claridad, con misericordia, con sencillez, ¡con vida! Nada de ociosos, ni viviendo solo lo nuestro. Vivir para los demás, para la entrega y la comunión. *«¿Por qué estáis todo el día parados, sin hacer nada?»*. Anda, que no hay sitios y personas para ayudar y servir. Que no hay lágrimas que enjugar, y pies que lavar. Tantos como hermanos nuestros.

Sin temor, oyendo la Palabra, y viviendo fiados de Jesús. ¿Por qué será que cuánto más nos encerramos en nuestros logros, más justificamos el no hacer nada? Sin Jesús estamos como de noche, trabajando sin apenas coger nada. Con Jesús, echamos de nuevo las redes. Y sí, la pesca es bien abundante. Y es que Alguien está con nosotros. Estamos invitados a dejar todo lo que dificulta la entrega, aunque tengamos que quitar lastres, ataduras o justificaciones. ¡Nos sobran las razones para la conversión! Para andar ligeros de equipaje, solo con lo necesario.

Y cómo hacer nuestra la acción de gracias del Salmista. Con este Dios Padre se puede vivir en confianza y entrega. Con Jesús en la barca echamos de nuevo la red. Con su espíritu el aire nos lleva a la Vida. Esto es motivo de gratitud; y tañer para el Padre por su misericordia y lealtad; y reconocer que nos envía y salva... Sí, nos postraremos, Señor, hacia tu santuario que es el mundo, donde viven y cuántos malviven, nuestros hermanos. A ellos queremos mirar y servir: **¡Aquí estoy, Señor, mándame!**